



Circolare del Superiore Generale

SOCIETA DI MARIA - MARIANISTI

CIRCULAR N° 12

VIDA MARIANISTA EN COMUNIDAD

Rev. David Joseph Fleming, S.M.
Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico

Roma, 12 de Septiembre del 2004
Festividad del Santo Nombre de María

Circular N° 12

VIDA MARIANISTA EN COMUNIDAD

12 de septiembre de 2004

Queridos Hermanos:

Desde los primeros días de la Congregación de Burdeos y a lo largo de la historia de todas las ramas de la Familia Marianista, hemos subrayado la importancia de la comunidad. Hemos querido dar el testimonio de un “pueblo de santos”, trabajar como equipos apostólicos en una misión común, y desarrollar ese “espíritu de familia” que crea lazos personales y una fuerte cooperación mutua entre nosotros, ya sea en tareas humildes como lavar los platos o en las más visionarias, como trabajar en la transformación de la sociedad.

Aunque esta dimensión comunitaria está profundamente arraigada en nuestra experiencia y en nuestra comprensión de la vida marianista, es un poco paradójica. La mayoría de nosotros trabajamos como educadores, predicadores, pastores, responsables de juventud y pioneros en la vida eclesial. Estas actividades favorecen personalidades llenas de colorido y con talento para la creatividad, la innovación y la improvisación. Ofrecen espacio suficiente para interesantes excéntricos e individualistas. Las personas que destacan en estas formas de servicio no siempre son los que se “ajustan” más fácil y armoniosamente a las normas comunes habituales. Puede que no seamos el primer grupo en el que uno podría esperarse encontrar un fuerte testimonio de comunidad.

Pero, precisamente, éste es el tipo de testimonio que nuestro Fundador y sus seguidores pretendían dar. Una espiritualidad privatizada o un modo de vida aislado es incompatible con nuestra herencia. A pesar de los cambios trascendentales de la Revolución Francesa, la familia, el pueblo, la parroquia, el barrio, y (para los religiosos) el convento o monasterio local fueron en nuestros comienzos el elemento de unión evidente que mantenía a las personas unidas entre sí.

Los primeros marianistas tenían tan asumida la idea de comunidad que casi no sentían la necesidad de hablar de ella. El P.Chaminade desarrolla el tema de la comunidad principalmente cuando siente la necesidad de explicar o de defender sus fundaciones ante autoridades (como el Papa) o ante críticos (como ciertos clérigos de su tiempo). Pero, de no ser así, poco se hablaba del tema. Hoy en día resulta sorprendente constatar que las sucesivas Constituciones Marianistas hasta el Vaticano II no tuvieran ningún capítulo específicamente dedicado a la comunidad; era un tema obvio que lo impregnaba todo.

Por el contrario, en la actualidad, la comunidad parece tantas veces estar perdida y sometida a múltiples desafíos, que es necesario hablar de ella. Heidegger decía que nunca se habla de un martillo salvo que se haya roto. En nuestras visitas a los marianistas de todo el mundo, los miembros de la Administración General percibimos que la mayoría de las comunidades marianistas intentan buscar una vida más rica y más profunda al servicio de una misión. En su mayoría, nuestros miembros se enfrentan al hecho de que han de dejar atrás algunos estilos de comunidad del pasado, muchas grandes comunidades, y instituciones que parecen abarcarlo todo. Sabemos que el estilo de comunidad de la década de 1950 ya no es el apropiado, pero no tenemos tan claro cómo es el que debería sustituirlo.

Al mismo tiempo, descubrimos entre nosotros nuevos deseos y oportunidades para una verdadera comunidad. Hoy, nuestro dinamismo misionero, la atracción y la perseverancia de nuevas vocaciones, y nuestra capacidad de colaborar con los seglares están estrechamente relacionados con la experiencia de comunidad.

Los Capítulos Generales recientes han intentado resaltar nuestra herencia de comunidad. Pero no ha sido fácil encontrar algo significativo y motivador que decir. El problema no ha sido el desacuerdo, sino más bien la sensación de que seguimos necesitando descubrir cómo avanzar en estos tiempos de transición que vivimos.

No voy a intentar abordar todos los elementos importantes acerca de nuestra vida en comunidad, sino que simplemente analizaré algunos retos clave de la vida comunitaria y sugeriré algunas maneras con las que podríamos mejorar este aspecto clave de nuestra herencia.

Comunidad en Tiempos de Transición

Cuando los jóvenes de mi generación entraban por vez primera en los programas de formación marianista, la vida comunitaria en la Compañía de María era una experiencia intensa. La mayoría de nosotros tiene gratos recuerdos de la vida y de las experiencias comunitarias como las partes más característicamente “marianistas” de nuestras vidas.

Aún hoy, las comunidades marianistas generalmente se caracterizan por la amabilidad, la generosidad y el espíritu de apoyo mutuo. Los marianistas enfermos o ancianos, al igual que los jóvenes o los estudiantes, suelen ser recibidos con afecto en nuestras comunidades.

Pero, aún así, hay grandes diferencias con respecto al pasado. Hace cincuenta años, la mayor parte de nuestros miembros eran jóvenes, con la energía y la sociabilidad características de la juventud. Pero hoy la esperanza de vida ha aumentado. Gran parte de nuestros miembros, casi la totalidad en algunas comunidades, son mayores, más experimentados, y sintonizan menos espontáneamente con un enfoque de comunidad. La edad es un gran individualizador.

Hace cincuenta años poníamos deliberadamente límites bastante estrictos a las influencias externas que pudieran afectar nuestra experiencia. Hoy, por el contrario, buscamos conscientemente abrirnos a los demás. Así es como hemos entendido la llamada del Vaticano II en *Gaudium et Spes* a compartir la “alegría y la esperanza, el dolor y la angustia” de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. En medio de tantas inquietudes, no siempre es fácil centrarnos en la comunidad religiosa local.

Hace cincuenta años los medios de comunicación -la radio, la televisión, el cine, la prensa, Internet- aún no habían tenido un impacto decisivo en nuestras vidas. Hoy, lo invaden todo, fomentando una conciencia consumista globalizada. Aún tenemos que aprender a discernir mejor su utilización. Como resultado de su influencia, la experiencia de la comunidad local se resiente.

Hace cincuenta años las exigencias de excelencia profesional eran bastante menos rigurosas que en la actualidad. Encontrábamos tiempo, apoyo y entusiasmo para las actividades de la comunidad con más facilidad. Ahora, las nuevas exigencias profesionales nos diversifican más y más.

En cierto sentido, cada uno de nosotros puede vivir dentro de los confines de un mundo auto-elegido, aislados como viajeros conectados a un “Walkman”. “Mi mundo” puede ser bastante diferente en comparación con el del hermano que vive junto a mí en la comunidad. Acercarnos al otro requiere esfuerzo, ascetismo, generosidad, olvido de sí mismo.

Vivimos en un estado de “liminalidad”, en el umbral entre un pasado imposible de reproducir y un futuro que a duras penas llegamos vagamente vislumbrar. Tiempos de transición como éstos no favorecen modelos estables de vida comunitaria. Nos hacen sentir vulnerables y ansiosos, con mayores posibilidades pero también con visiones divergentes del camino ante nosotros. La comunidad religiosa debería ser un apoyo en el viaje común y en la creatividad común a la hora de enfrentarnos al futuro.

Pero con frecuencia esta comunidad se debilita, se atrofia, y es uno de los primeros elementos que quedan atrás en cuanto traspasamos el umbral entre lo viejo y lo nuevo.

¿Qué esperamos de la Comunidad?

Ante nuestros elevados ideales y las frecuentes decepciones que sufrimos, quizá necesitemos preguntarnos qué esperamos realmente de la vida de comunidad. Las imágenes y las expectativas de los marianistas contemporáneos son, en realidad, bastante diversas.

Los Hechos de los Apóstoles describen la comunidad ideal de Jerusalén, en donde todo se compartía. Ciertos estudiosos de las Escrituras, aludiendo a signos de tensión en otros pasajes de los textos, sugieren que la imagen de San Lucas es en cierto modo romántica e idealizada.

Nuestras Constituciones tradicionales, aprobadas por la Santa Sede en 1891, señalaban a la Sagrada Familia de Nazareth e incluso a la Santísima Trinidad como nuestros modelos de comunidad (art. 303). Las Constituciones matizaban este elevado idealismo al indicar que la vida de comunidad es también nuestra “mortificación *par excellence*” (art. 179).

Los activistas sociales y los defensores de un cambio radical desearían que la comunidad fuera un centro de experimentación creativa y de asunción de riesgos en común.

Algunos, siguiendo a San Benedicto, esperan que la comunidad sea una *schola dominici servitii*, “una escuela de servicio divino”. Podemos entrar en esta escuela ignorando los caminos de Dios y sin conocer la santidad, pero llegamos a formarnos y a aprender. Así, la comunidad se convierte en un entorno para la transformación espiritual.

Otros Padres de la Iglesia hablan de la comunidad cristiana como de una “gran enfermería”. Todos somos pacientes, enfermos por nuestros pecados, debilidades y egoísmos. Pero, además, todos somos sanadores, capaces de ofrecer cierto remedio o al menos cierto alivio al dolor. En una comunidad de este tipo, la compasión y la paciencia son condiciones necesarias para la felicidad.

Algunos miembros dicen haber perdido toda esperanza de una comunidad que vaya más allá de un confort y una seguridad básicos - que no es poco.

La mayoría de estas imágenes y expectativas expresan una parte de verdad. Podría ser que algunos de nosotros esperan demasiado de la comunidad, y otros demasiado poco.

Nostalgia de la Verdadera Comunidad: Oportunidades y Decepciones

Sea cuál sea la forma precisa de sus expectativas, todos añoran una experiencia de comunidad genuina. En una era de escepticismo y de individualismo narcisista, anhelan contar con personas afines que les estimulen y apoyen, con quienes compartir sus ideales y su viaje. Los cristianos comprometidos quieren asumir riesgos para encarnar las enseñanzas de Jesús en las circunstancias actuales, pero necesitan de personas que les acompañen y de una dirección sólida que les guíe en el proceso.

Este es el secreto de los nuevos tipos de comunidades y movimientos cristianos que están gozando de gran éxito en ciertos lugares. Por nuestra parte, los jóvenes que se unen a nosotros en la actualidad, en cualquier parte del mundo, vienen atraídos por una vigorizante y dinámica experiencia de comunidad.

Aún así, nuestros problemas, aflicciones, ansiedades y tensiones también centran la mayor parte del tiempo de la comunidad. El mayor problema es simplemente la tendencia de cada uno de nosotros a retirarnos a nuestro propio mundo narcisista y solipsista, sin comunicación real o sin fraternidad real con los que comparten nuestro viaje marianista.

Otro problema deriva de nuestras altas expectativas: “Yo estoy bien, pero mi hermano es el problema”. Nos sentimos amargados, enojados, traicionados cuando nuestras expectativas no se cumplen. Muchas veces nos volvemos demasiado susceptibles, interpretamos las reacciones de los demás de modo exagerado, y descuidamos el nivel de comunicación honesto y amable que por sí solo hace posible que se restaure la comunicación real.

Incluso peor que este tipo de hostilidad es la indiferencia pasiva respecto a los demás. Algunos de nosotros nos sentimos heridos, decepcionados con demasiada frecuencia. Nos retiramos a un mundo seguro y cómodo que no nos plantea desafíos, perdemos interés por todo salvo por un limitado círculo de los que parecen ofrecernos cierto apoyo, y evitamos a los demás. De año en año, nuestros lazos personales con otros miembros de la Compañía se van difuminando y debilitando. No nos molestamos en apreciar los dones que cada uno tiene que ofrecer.

Pero, cuando nos damos a la vida de comunidad concretamente, aceptándonos tal y como somos, sin imponer expectativas irreales, probablemente es cuando comenzamos a sentir verdadera gratitud. A pesar de nuestra debilidad e incompetencia colectivas, el Señor nos ha dado por compañeros a algunas personas de gran valor.

Es el Espíritu Santo, no las atractivas personalidades ni nuestras perfectas estructuras, el que mantiene nuestra unidad.

Si ajustamos nuestras expectativas irreales pero consideramos la vida de comunidad como un don único del Señor, descubriremos una nueva humildad: simplemente somos individuos muy humanos, limitados, con imperfecciones, y no hay lugar para el orgullo triunfalista. Pero también descubriremos una nueva fuente de gratitud por lo que el Señor nos ha dado, y una nueva libertad para trabajar juntos del mejor modo que podemos, sin pretensiones o temores irrealistas.

Algunos objetivos de la Comunidad Religiosa

La vida comunitaria existe como un apoyo y un estímulo a la santidad. La gracia de Jesús trabaja concretamente en cada uno de nosotros. Cuando compartimos la experiencia de esa gracia, todos nos enriquecemos. Nuestras oraciones, nuestra experiencia de los votos, nuestra fe, esperanza y caridad desarrollan nuevas dimensiones. Cuando aceptamos los retos de la comunidad como ocasiones para la gracia y la conversión, cuando superamos la hostilidad mediante la comprensión y la indiferencia mediante el interés y la preocupación, todos nos apoyamos mutuamente en nuestra llamada común a la santidad.

En particular, nuestra experiencia de vida de comunidad y nuestra experiencia de oración normalmente van de la mano. Si queremos sentir el pulso de una comunidad religiosa, la manera más sencilla de hacerlo es orar con ella. Si la comunidad está rígida, inhibida y formal, su oración lo reflejará. Si es cálida y cordial, lo percibimos en su modo de orar. Si hay tensiones y hostilidades entre algunos de sus miembros, las notaremos en la oración.

La oración de la comunidad es “fuente y cima”: expresa al mismo tiempo la vida de la comunidad y tiene por objeto profundizar en nuestro sentido de Dios, y enriquecer nuestra caridad práctica por los demás miembros y por el mundo que nos rodea. Una comunidad de oración profundiza y estimula

enormemente la experiencia espiritual de sus miembros. Necesitamos reconocer que podemos aprender los unos de los otros en nuestras vidas espirituales, de los distintos modos en que los demás oran y experimentan a Dios. Una diversidad razonable de estilos y de modos de oración, que corresponda a las sensibilidades religiosas de los distintos miembros, debería ser un enriquecimiento para todos.

La comunidad marianista es también una misión permanente, no una atmósfera cómoda, cerrada sobre sí misma. Compartir la misión de Jesús es unirse a la compañía de sus discípulos, compañeros que envía a sanar y a predicar la buena nueva. Estamos juntos en comunidades, no por elección personal, sino en función de una misión que compartimos en la Iglesia local. Nuestra comunidad debería de ser mucho menos un refugio de las batallas apostólicas y más una fuente de creatividad y de fortaleza en favor de la misión.

No se supone que tengamos que trabajar en nuestros apostolados de manera independiente. La historia desde nuestros orígenes como Compañía nos lo demuestra. Los grandes momentos de éxito en la historia marianista, los grandes tiempos y lugares de gracia, siempre han tenido detrás una comunidad unificada y vital. (Pensad en Saint-Rémy, en el Collège Stanislas, en nuestros Mártires de Ciudad Real y Madrid, en los fundadores de nuevas misiones y grandes instituciones). El testimonio de un grupo de personas –ya sean tres o veinte- que verdaderamente trabajan juntas apoyándose armoniosamente es contagioso, a veces incluso irresistible. Atrae nuevos seguidores.

Aunque en ocasiones se nos llame a trabajar de forma más individual, hemos de considerar nuestro apostolado como una prolongación de nuestra comunidad marianista, y pedir apoyo, orientación y evaluación de la comunidad (Regla de Vida, 68).

Un elemento clave de nuestra misión apostólica como marianistas es el descubrimiento, la construcción y el mantenimiento entre nosotros de una estrecha comunidad, y la extensión de esta experiencia de comunidad a los que nos rodean. Ésta constituye una manera de comprender con profundidad nuestro apostolado como religiosos dentro de la Familia Marianista, e incluso dentro de la Iglesia.

El énfasis en la oración con y por los demás, en intentar entendernos, en la afirmación, en el trabajo en equipo, en el diálogo y en una vida de comunidad experimentada con intensidad no implica que nos “miremos al ombligo” o que anidemos en un ambiente cálido y de apoyo. Es una marca esencial de nuestra misión marianista.

Algunos retos para la Comunidad marianista de la actualidad

1. *Integración*: Un primer reto es integrar nuestro énfasis en la comunidad con la totalidad del mensaje del evangelio

Muchos marianistas quedaron impresionados cuando hace tres décadas el teólogo jesuita (ahora Cardenal) Avery Dulles escribió un influyente libro en el que describía cinco modelos eclesiológicos clave: la Iglesia como institución, la Iglesia como comunión, la Iglesia como evangelizadora, la Iglesia como sacramento, la Iglesia como servidora. Cada uno de estos cinco modelos tiene un impacto en cómo entendemos y vivimos nuestra vida de comunidad. Dulles descubrió un gran potencial y ciertos elementos que faltaban, algunos puntos ciegos en cada uno de estos cinco modelos.

Los marianistas característicamente se identifican más con el modelo de Dulles de la Iglesia como una comunión de personas. Recuerdo con nitidez una reunión de Directores en St. Louis, poco tiempo después de la publicación de este libro, en donde los participantes subrayaron unánimemente el

modelo de comunidad como característicamente marianista, primordial para nosotros. Al hacerlo así, seguían nuestro carisma fundacional.

Sin embargo, nuestra convicción acerca de este aspecto de la vida eclesial puede tentarnos a desatender otras dimensiones importantes como la evangelización, el servicio a los necesitados, y el testimonio sacramental de santidad, y a dejar estos aspectos demasiado en la sombra. Una comunidad cristiana genuina, tal y como la entendía nuestro Fundador, existe para el bien de los demás, de los que tienen más necesidad. El enfoque de crear comunidades cálidas y vibrantes no debería hacernos tímidos en la proclamación del Evangelio, que a veces sorprende y suscita desacuerdos y división. No debería replegarnos en nosotros mismos, sino motivarnos para ir hacia los que sufren y hacia los marginados a nuestro alrededor. Nunca deberíamos comprometer nuestra llamada a la santidad por mantener una armonía barata.

Jesús supo cómo invitar a todos a la paz y armonía de su reino, pero también suscitó una amarga oposición por su mensaje radical e incondicional. Los marianistas necesitan aprender a abordar el conflicto con eficacia, caridad y verdad. Con frecuencia nos sentimos tentados a evitarlo en aras de la paz. También necesitamos profundizar en nuestra disposición a salir de entornos cómodos y serenos para acercarnos a los que más nos necesitan.

2. *Personalización*: Un segundo reto es el de fomentar el crecimiento individual dentro de la comunidad. Es más fácil homogeneizar a todos, esperar que todos sean iguales. Pero una comunidad rica es el resultado del respeto de cada persona en su propio estilo y de la inquietud por sus necesidades de crecimiento y desarrollo.

La Regla de Vida nos recuerda que “la vida comunitaria no quiere decir uniformidad. Los marianistas saben comprender las diferencias personales que provienen del temperamento, de la edad, de la salud, de las necesidades de los diversos apostolados o de las procedencias culturales” (art. 3.3).

Personalización no significa indiferencia, no-interferencia, falta de comunicación, tolerancia meramente pasiva. En la actualidad, estas actitudes pueden ser el mayor enemigo de una verdadera comunidad marianista.

En los últimos años, hemos hecho grandes progresos en la personalización de nuestra formación y de nuestro carisma. Los resultados positivos han sido evidentes en religiosos felices y creativos que son eficaces en una gran variedad de apostolados. Tenemos que seguir creciendo en esta dirección.

3. *Diversidad*: Normalmente no es bueno que los marianistas vivan exclusivamente con personas de su misma edad, mentalidad y perspectiva. El tipo de comunidad resultante es demasiado monolítica, poco acogedora salvo para los que provienen de la misma experiencia.

Una fuente de diversidad es la edad. Tenemos que aprender a escuchar y a aprender de personas de distintas generaciones, con experiencias y formación diferente de la nuestra. Tenemos que respetar sus procesos vitales, las tareas características apropiadas a su edad (formación, aprendizaje, madurez o jubilación). La comunidad más rica es la multi-generacional.

Ya en la Congregación de Burdeos, el Padre Chaminade supo respetar las necesidades de los jóvenes, al tiempo que los mantenía frecuentemente en contacto con los mayores, creando así un movimiento fluido y vital trans-generacional.

En la actualidad es triste ver cómo algunos grupos de marianistas están divididos por estériles conflictos basados en diferencias naturales entre jóvenes y mayores, envueltos en acusaciones mutuas o en la indiferencia.

Otra fuente de diversidad es la cultura. La mayoría de los marianistas viven en comunidades situadas junto a personas de sus mismos grupos étnicos o culturales, o muy similares. Pero, cada vez más, nuestra misión nos llama a crear comunidades culturalmente variadas. Muchos de nuestros programas de formación ahora son internacionales e inter-culturales, y donde más estamos creciendo es en áreas del mundo con presunciones culturales que son muy distintas a las que teníamos en el pasado.

El último Capítulo General (n° 40f) nos instó a desarrollar “una formación que sea más intercultural, en la que todos los implicados estén abiertos al cambio” y a hacer cuantos esfuerzos sean necesarios para conocer la cultura en la que trabajamos, “valorarla y, si fuera necesario, ser capaces de adoptar una postura crítica”. A veces no somos conscientes de las grandes diferencias culturales que existen entre nosotros. Muchas de nuestras comunidades podrían beneficiarse de una “auditoría cultural”, un proceso de reflexión sobre el pluralismo cultural. Podríamos descubrir que estamos dando demasiadas similitudes por sentado, que signos y acciones aparentemente similares tienen distintos significados según el contexto cultural.

Nuestras distintas ocupaciones y misiones también fomentan legítimas diferencias entre nosotros. Los profesores ven las cosas desde una perspectiva diferente a la de los asistentes sociales. Los sacerdotes tienden a verlo todo a través de una lente más pastoral y eclesial. Los que tienen trabajos más técnicos y manuales, los que trabajan como administradores y ecónomos, tienen otras experiencias y puntos de vista. Los que están totalmente activos en el apostolado naturalmente tienen intereses y necesidades distintos a los de quienes están en parte o totalmente jubilados. Distintos ritmos de vida son un resultado válido y natural.

El temperamento es otra fuente de diversidad. Y aunque esto no sea nada nuevo, aún nos cuesta mucho tratar con quienes abordan los problemas desde un punto de vista distinto al nuestro, con mayor sensibilidad o mayor análisis, intuitiva o concretamente, rápida o lentamente, más expresiva o más callada e internamente.

Nuestras comunidades pueden crecer si reconocen la válida y rica diversidad que existe entre nosotros, respetando y aceptando las necesidades y el estilo de cada miembro. A menudo no somos suficientemente pacientes y comprensivos con los demás.

4. *Provincia y Comunidad Local*: Como religiosos marianistas, nuestro compromiso de por vida no es con una casa u obra local, sino con la Compañía y su misión en su conjunto. Estamos especialmente comprometidos con nuestra propia Unidad: Provincia, Región o Distrito. Esta unidad marianista es normalmente un punto de referencia para toda nuestra vida marianista, la red de personas específicas que nos han sido dadas por el Señor como compañeros a largo plazo. Es importante desarrollar nuestra Unidad como una comunidad de vida, oración y misión, viendo más allá de la inmediatez del lugar de trabajo en el que nos encontramos en un momento dado. Nuestro compromiso como marianistas puede llevarnos a vivir en distintos momentos de nuestras vidas en entornos y lugares diversos, con una gran variedad de personas. Normalmente, nuestras amistades más profundas e importantes trascienden los límites de cualquier comunidad y misión local.

Mantener el equilibrio entre la experiencia local y la vida de la Unidad no siempre es fácil. A muchos les cuesta ver más allá del contexto inmediato, abrirse a otros marianistas que comparten su compromiso de vida pero en otra misión. Otros tienen un sentido más fuerte de pertenencia colectiva, pero les cuesta asumir totalmente las virtudes y defectos prácticos, las vicisitudes diarias de una comunidad local.

5. *Lo Local y lo Global*: Nosotros los marianistas tenemos una fuerte tradición de echar raíces locales. En nuestra historia nos hemos identificado profunda y duraderamente con personas y lugares. Esta

identificación forma parte de nuestra espiritualidad encarnacional. Cuando llegamos a un lugar, venimos para quedarnos, para formar relaciones estables, para asentarnos en el paisaje local.

Sin embargo, hoy vivimos en la era de la globalización. A través de la televisión, de Internet y de los viajes, podemos establecer un contacto instantáneo con familiares y amigos, colegas, profesores y estudiantes, maestros y discípulos, en lugares distantes. Nuestro mundo mental, espiritual y psicológico puede existir tanto –o más- en otros lugares como en nuestra comunidad local.

La globalización de la conciencia puede ofrecer numerosas ventajas a nuestra vida y a nuestra misión. Puede ayudarnos a identificarnos más profundamente con el carisma común, a participar más intensamente en la Familia Marianista, a crear mayor solidaridad y ayuda mutua. Los miembros de la Familia en cualquier parte del mundo ahora pueden, por ejemplo, estudiar y dialogar a través de cursos a distancia ofrecidos bajo los auspicios del Centro Internacional de Formación Marianista. Los marianistas y sus amigos de ideas afines en continentes diferentes tienen más posibilidades que nunca antes de conocerse entre sí, de apreciar sus percepciones y valores, de trabajar juntos y formar redes de información, de ideas, apoyo y desafío. La solidaridad y la comprensión globales son más posibles ahora que nunca antes. Podemos afirmar más que nunca que somos una comunidad mundial con una misión global.

A pesar de su dimensión positiva, la globalización también tiene el potencial de debilitar la vida de las comunidades locales. Podemos perder nuestras raíces locales, convertirnos en turistas y vagabundos espirituales. En las pantallas de nuestros ordenadores es posible vivir indirectamente, estar en otro lugar mentalmente, ideológicamente, emocionalmente. Absorbidos por un mundo virtual, podemos vivir ajenos, distraídos o separados de los que viven a nuestro lado. Podemos invertir más tiempo y energía chateando en la red que en presencia de Dios mediante la oración, o dedicándonos a conocer y a amar a los que nos rodean.

Hoy, más que nunca antes, construir la comunidad local se convierte en una opción consciente. Es un compromiso de solidaridad basado en un acto de fe que Dios nos ha llamado a vivir juntos, en una comunión que es genuina, para crecer y aprender, servir e relacionarnos, echar con fuerza raíces locales y desarrollar relaciones vigorizantes con otros religiosos de nuestra comunidad local y con el pueblo de Dios allí en donde estemos. La Providencia de Dios está presente para nosotros en este momento y lugar, conectada a realidades globales pero profundamente comprometida y arraigada en las locales.

Sería bueno que todas las comunidades marianistas religiosas y locales reflexionasen en su forma de integrar lo local y lo global en este momento de la historia. Algunos puede que sean demasiado “parroquiales”, girados hacia adentro sin suficiente interés o conciencia del contexto más amplio. Otros puede que sean demasiado “globales”, giróvagos, desarraigados, viviendo en un mundo virtual sin prestar suficiente atención a las necesidades reales en torno a ellos.

6. *Testimonio, convertirse en “artesanos de la comunión”*: Para nosotros es un reto dejar que la vida comunitaria forme nuestros corazones, percibirla como una fuente de crecimiento espiritual. La comunidad sigue siendo el mejor escenario para la formación espiritual, no sólo la “mortificación *par excellence*” sino también un medio para “irradiar alegría, infundir amor y estima a nuestra vocación” y “fortalecer nuestra dedicación al apostolado” (Regla de Vida 38, *passim*).

La capacidad para ver que Dios actúa de maneras que nunca esperaríamos, el factor de realidad introducido en nuestros idealismos irreales y nuestras proyecciones egoístas a través del contacto diario con los demás –éstas son oportunidades para crecer en una santidad que es más real, más humana, y más parecida a la del Jesús encarnado.

Las interacciones diarias, pequeñas y grandes, de la vida de comunidad tienen el potencial de acostumbrarnos a la consideración de los demás y a los sacrificios mutuos que crean un entorno de generosidad y de armonía. Viviendo los unos con los otros, con paciencia y respeto, mediante el deseo de aprender y adaptarnos, de compartir las alegrías y las penas, los esfuerzos y los éxitos de los demás, nos convertimos, como Juan Pablo II nos dice en *Vita Consecrata*, en “expertos” o “artesanos” de la comunión dentro de una Iglesia y un mundo que lo necesitan desesperadamente.

7. *Libertad*: Para nosotros es un reto encontrar en la comunidad el equilibrio entre libertad y fidelidad.

El derecho inalienable a la libertad y a la autonomía es actualmente el ideal casi-absoluto en gran parte de Occidente. El reconocimiento de los derechos inalienables de cada individuo es valiosísimo, pero tiende a crear sociedades centrífugas. Damos por sentado que el individuo debe poder gozar del mayor abanico posible de opciones, sin importar las consecuencias para la comunidad humana. Una serie de naciones asiáticas han expresado una reflexiva crítica al concepto occidental de “derechos del hombre”, en favor de la arriesgada, aunque quizá necesaria idea de derechos de la sociedad como tal.

En nuestro nivel concreto, los directores marianistas son a veces tan sensibles a la autonomía de cada miembro que se convierten en meros facilitadores, organizadores, asumiendo que nunca pueden pedir a un hermano que haga algo que éste no elija hacer espontáneamente. No hemos encontrado muchas vías para proteger los derechos de la comunidad y alentarnos los unos a los otros para alcanzar la conversión y el crecimiento que necesitamos.

8. *Un estilo Mariano*: También es un reto para nuestra comunidad desarrollar un estilo mariano distintivo dentro de una Iglesia polimorfa.

No repetiré aquí lo que hemos escrito en otros lugares, yo mismo y otros, acerca de este “estilo mariano”. Pero a medida que lo vivimos, hacemos de él una realidad, estamos contribuyendo eficazmente a un tipo de Iglesia y de mundo que respeta y acoge a todos los hombres y mujeres, les invita a crecer, y es solidario con sus necesidades y deseos legítimos.

Dedicando un tiempo a reflexionar sobre nuestra vida de comunidad

Quizá esta Circular represente una buena ocasión para que todos nosotros dediquemos algún tiempo a reflexionar acerca de la comunidad local en la que vivimos. El mero hecho de pensar en aquellos con quienes compartimos la vida nos ayuda a dejar de concentrarnos en nosotros mismos. Seamos honestos y veraces mientras oramos y reflexionamos acerca de cada uno de nuestros Hermanos. Considerémosles con verdadero interés real, y no simplemente con una tolerancia pasiva.

Mirémosles a los ojos (espiritualmente, al menos) e intentemos eliminar nuestras apreciaciones irreales acerca de ellos – las expectativas imposibles que no pueden cumplirse, las crueles proyecciones que exageran sus defectos.

Todos son simplemente humanos, con esperanzas y temores, necesidades y ansiedades, limitaciones y dones muy parecidos a los nuestros. Hemos de permitirles ser humanos.

No estarían con nosotros si no tuviesen enormes reservas de fe, idealismo y buena voluntad. Es posible rascar la superficie y sacar a la luz esas reservas.

Durante este año estamos con estos hombres. Podemos lograr muchas cosas juntos como marianistas. Puede que no reproduzcamos el modelo de la Sagrada Familia o el de la primera comunidad de Jerusalén. Pero podemos apuntar en esa dirección.

Tenemos mucho que ofrecer para lograr el ambiente básico de seguridad, atención y apoyo – físico y espiritual – que todos necesitamos.

Seguramente, tendremos que asumir algunos riesgos junto con el pueblo de Dios, especialmente en el servicio a los pobres y en el trabajo por la paz y la reconciliación en los conflictos que nos rodean.

Nuestra comunidad es una “escuela del servicio del Señor”. Podemos aprender mucho los unos de los otros y crecer juntos en la santidad. En particular, nuestra oración común nos puede ayudar a profundizar en nuestro sentido de Dios, individual y colectivamente.

Nuestra comunidad es una “enfermería”. Cada uno de nosotros tiene sus propias debilidades o enfermedades, y cada uno de nosotros tiene la capacidad de curar y aliviar el dolor.

Este año juntos puede que suframos algunas decepciones y fracasos. Pero el Espíritu de Cristo estará con nosotros, para mantenernos juntos y ayudarnos a recomponer las piezas. El Espíritu es especialmente evidente allí en donde se necesita perdonar y comenzar de nuevo.

Mientras miramos juntos adelante, recordemos que somos una “misión permanente” y que podemos lograr grandes cosas si trabajamos juntos.

Oremos por la gracia de vivir y trabajar juntos con un solo corazón y una sola alma. Oremos por nuestra comunidad local, para que crezca con fidelidad creativa, dando un verdadero testimonio del evangelio, para poder ser realmente “una misión permanente”.

María, que dio vida a nuestra comunidad y la formó, nos ayudará a descubrir la energía, la paz y la paciencia, la presencia afirmativa y sanadora que necesitamos. Al concluir estas reflexiones, es su guía y su dinamismo misionero lo que os deseo a vosotros y a cada una de nuestras comunidades.

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General